

El ceremonial barroco de la muerte

Hablar del ceremonial barroco de la muerte equivale a referirnos a un espectacular y altamente costoso funeral público, elitista y urbano celebrado para conmemorar la muerte de reyes, virreyes, pontífices y otros miembros de la sociedad virreinal pertenecientes a grupos de poder tanto religiosos como laicos. El origen de dicho ceremonial se remonta a los años de 1545-1563, fecha en la cual la Iglesia católica de la Contrarreforma celebraba en Trento el XIX Concilio Ecuménico con miras a combatir los avatares de la reforma protestante cuyos principios, al negar la intervención de la Iglesia en la relación entre Dios y el hombre, así como la importancia salvadora de sus prácticas, devociones y cultos, había fracturado irremediablemente la unidad en la que por siglos se había cimentado el poder de la Iglesia romana.¹

Consolidar la hegemonía eclesiástica y reforzar la ortodoxia cristiana mediante una doctrina sistematizada, de manera por demás inteligente en la que se combatieran los principios negados por el protestantismo, fue la tarea que desarrollaron por aquellos años los teólogos y moralistas reunidos en Trento.²

Dentro de esa doctrina se estipulaban puntualmente los temas, métodos y normas que debían guiar la enseñanza de la doctrina, mientras que, para justificar su puntual observancia, el transitar del hombre por este valle de lágrimas se concebía como una constante lucha contra el mal, en tanto que la muerte en gracia o amistad con Dios se consideraba como un triunfo sobre el pecado.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Gonzalo Balderas Vega, *La reforma y la contrarreforma. Dos expresiones del ser cristiano en la modernidad* (prólogo de Luis Ramos), México, Universidad Iberoamericana, 1996, p. 95.

² La doctrina sistematizada en el Concilio de Trento se dio a conocer hacia 1566 en el *Catecismo romano*. La obra, en ese entonces para uso exclusivo del clero, estaba redactada inicialmente en latín y su autor fue Carlos Borromeo.

Esa lucha que se entablaría desde el nacimiento e incluso más allá de la muerte se derivaba de la visión que tenía y sigue teniendo la Iglesia acerca del hombre, protagonista de la historia. Tal visión sostiene que, como ser creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre participa de una naturaleza espiritual o alma incorruptible y eterna, mientras que como descendiente de Adán es el heredero de una naturaleza corporal, corruptible y perecedera.³

En virtud de esa dualidad, el hombre venía a representar el escenario microcósmico donde se desarrollaba un combate entre dos entidades antagónicas: el bien o virtud, propia de la naturaleza espiritual, y su contraparte o pecado, inherente a la naturaleza espiritual del individuo.

Entre las múltiples armas que la santa madre Iglesia había puesto al alcance de sus hijos para salir victoriosos del combate y salvar el alma se contaba el funeral, cuyas normas a seguir se estipulaban puntualmente en una fuente que se conoce como *Manuales de Sacramentos*. Sin embargo, entre las elites urbanas, siempre deseosas de hacer alarde de su poderío y riqueza, al tiempo de demostrar una lealtad hacia la Iglesia y la Corona, tales ceremonias se rodearon de un lujo y ostentación insospechados cuyo altísimo costo debía ser cubierto de antemano mediante cuantiosas sumas que se estipulaban en el testamento y, de este modo, comprar, literalmente, el reino de los cielos.

Para reforzar la ortodoxia cristiana, dichos funerales, inspirados tanto en las tradiciones grecorromanas, como en otras propias de los cristianos de la Iglesia primitiva, cumplían varios propósitos: prolongar la hegemonía eclesiástica incluso más allá de la muerte, configurar la vida cristiana y moralizar a los fieles, amén de desta-

car la importancia de dogmas y creencias como el de la inmortalidad del alma, la resurrección de los cuerpos, el dogma trinitario que sostiene la existencia de un solo Dios en tres personas distintas y el dogma de la comunión de los santos en el que la Iglesia se compara a un cuerpo humano formado por varios miembros como son, hasta la fecha, la Iglesia triunfante o corte celestial, la Iglesia purgante o fieles difuntos, y la Iglesia militante o fieles vivos. De acuerdo con la doctrina estas tres iglesias forman el cuerpo místico de Cristo, cuya misión radicaba en trabajar unidas por la salvación de las almas.⁴

En aras de la defensa y propagación de la fe, el funeral, como parte de la doctrina, pronto se difundió a lo largo y ancho del mundo católico de entonces. A Nueva España se introdujo hacia 1559, fecha en que los habitantes de la muy noble y leal ciudad de México se congregaron en las céntricas calles cercanas a la catedral para presenciar un lujoso y entonces novedoso funeral ofrecido en honor de Carlos V, ese lejano y poderoso monarca en cuyos dominios jamás se ponía el sol.⁵

Esta primera ceremonia fúnebre descrita magistralmente por Cervantes de Salazar en *Túmulo Imperial*, sería sólo el inicio de una larga tradición que se prolongaría por casi dos siglos, tiempo durante el cual se fue propagando en las principales ciudades novohispanas y en especial en las que fueron adquiriendo el rango de cabeceras de obispado o bien en los arzobispados, por ser éstos los sitios en que se asentaban las elites españolas y criollas representantes

³ Génesis 1-3.

⁴ Carlos Borromeo, *Catecismo del santo Concilio de Trento para párrocos, ordenado por disposición de san Pio V, traducido a la lengua castellana por fray Agustín Zorita OP*, 2a. impr., Madrid, publicado por orden del rey en la Imprenta Real, 1785.

⁵ Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554 y túmulo imperial* (ed., pról. y notas de Edmundo O'Gorman), México, Porrúa (Sepan cuántos..., 25), 1963, p. 105.

de los grupos de poder y quienes, en múltiples ocasiones, eran también asiduos benefactores de la Iglesia.

Dichas ceremonias ofrecidas también en honor de reyes, virreyes y pontífices, quedaron descritas al detalle en unos impresos de carácter funerario conocidos indistintamente con el nombre de libros de honras; mientras que —en recuerdo de las ofrendas que hacían los primeros cristianos en memoria de sus muertos— también se les llamaron libros de obsequias o libros de exequias, palabra latina que significa “seguir hasta el fin” o “lo que sigue después de la muerte”.

Los autores de dichos textos fueron españoles y criollos pertenecientes a las elites letradas entre los que se encontraban tanto religiosos como laicos, quienes —deseosos de ascender en la intrincada burocracia novohispana o bien en muestra de gratitud— sacrificaban gustosos algunas horas de sueño para redactar aquellas descripciones y dejar, de este modo, un testimonio del lujo y ostentación que había privado en esas ceremonias.⁶

Conforme a tales descripciones el funeral, denominado en la doctrina como sepultura eclesiástica, constaba de tres etapas que representaban, a su vez, uno de los dogmas más importantes para el catolicismo, como lo es el dogma trinitario, amén de simbolizar las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, cuya importancia radica en que son las virtudes que vinculan a los fieles con la divinidad. Dichas etapas eran el duelo, el entierro y las exequias.

El duelo

Esta primera etapa se iniciaba una vez que el enfermo había exhalado el último suspiro des-

pués de haber recibido la extremaunción o sacramento mediante el cual la Iglesia ayudaba a sus hijos a entrar en el combate de la agonía. Para tal efecto el sacerdote ungía todas y cada una de las partes del cuerpo donde radicaban los sentidos a los que la doctrina consideraba como las vías de acceso del conocimiento, pero también las puertas de entrada del pecado.⁷

Era entonces cuando el sonar de las campanas de templos y catedrales, tocando a vacantes anunciaban a los miembros de la comunidad el deceso del creyente y su nacimiento a la vida eterna. Entre tanto, en la intimidad de la alcoba, el médico del cuerpo o el médico del alma cerraban los ojos y la boca del difunto en señal de que los sentidos corporales habían muerto para el mundo. En seguida se preparaba el cuerpo para ser expuesto durante el duelo y los responsos, a la mirada siempre curiosa de los dolientes.

Siguiendo antiguas costumbres de la Iglesia y en símbolo de pureza, primero se lavaba el cadáver, después se amortajaba con un paño blanco de lienzo en recuerdo de que así había sido sepultado el Redentor, o bien, para ganar indulgencias y en señal de humildad, se le vestía con algún hábito religioso de las órdenes mendicantes. Más tarde se colocaba en un ataúd de madera, puesto que Cristo había muerto en un madero para redimir los pecados de los hombres. Después se le adornaba con guirnaldas y flores para simbolizar que así como las flores anuncian la fértil primavera y el dichoso verano en que se cosechaban los frutos de la tierra, así también el tránsito de la muerte es una primavera en la que se espera el fruto de los trabajos de la vida. Por último, se colocaba entre las manos del difunto la bula de la santa cruzada,

⁶ María Concepción Lugo Olín, “Libros y ceremonias fúnebres en el México colonial”, en *Boletín del Museo Nacional del Virreinato*, INAH, nueva época, núm. 7, marzo-abril de 1993, pp. 5-11.

⁷ Fernand Van Steenberghen, *El tomismo* (trad. de José Antonio Robles), México, Publicaciones Cruz (¿Qué sé?) 1996, p. 89.

documento pontificio que por los múltiples perdones que otorgaba, representaba un verdadero pasaporte a la vida eterna.⁸

El arreglo del cuerpo ponía punto final a la intimidad de la muerte para dar inicio a un ceremonial en el que la parca salía por calles y plazas a pregonar su llegada inevitable y su sentido ejemplar. Para adornar el paso de los dolientes y en señal de luto, unas comisiones nombradas por el cabildo eclesiástico o por el cabildo civil, se daban a la tarea de cubrir, de la manera más hermosa posible, los edificios gubernamentales y eclesiásticos de la ciudad con finas telas de color negro y blanco que se deslizaban por los balcones.

Después un cortejo fúnebre recorría las céntricas calles de la ciudad para trasladar el cuerpo del lugar del fallecimiento al palacio arzobispal, cuando se trataba de un honorable miembro del clero o bien al palacio virreinal cuando lo era del poder temporal. En esos sitios se recibían las condolencias y se velaba el cadáver. Parientes y amigos del difunto, vestidos de riguroso luto, encabezaban el cortejo, portando luminarias, hachas y ceras encendidas como símbolo de la finitud de la vida y para recordar a los fieles que el alma, a semejanza de la luz que irradiaban las velas, viviría para siempre gracias a la resurrección. Algunos religiosos seguían en el cortejo para orar en el trayecto por el descanso del alma. Entre rezo y rezo se dirigían a otros miembros de la comunidad que llevaban en hombros el ataúd y cerraban el cortejo con la frase: “Ve en paz, que ya te seguiremos.”⁹

En el interior del recinto donde se recibía el duelo no podía faltar una cruz, un cirio pascual y el fuego de numerosas ceras encendidas.

⁸ Martín Carrillo, *Explicación de la bula de difuntos, dedicado a las ánimas del purgatorio*, 2a. impr., Zaragoza, Ángeles Taumano, 1602, pp. 205-206.

⁹ *Idem*.

La cruz recordaría a los dolientes la Pasión y la Redención, pilares de la doctrina y bandera bajo la cual había militado el difunto, mientras que el cirio pascual, hecho de cera virgen, representaba el cuerpo mismo de Cristo, quien naciera de madre virgen, amén de vencer las tinieblas y la muerte. Por último, las ceras encendidas simbolizaban el fuego nuevo y la pascua, época en que todo se regenera y renueva. Además de esta función simbólica, fuego y ceras cumplían durante el duelo la misión de purificar el ambiente y alumbrar al cadáver para ser visto por todos y con su luz exaltar la paz y el reposo con que se premiaba el final de una vida virtuosa.

La iluminación del cadáver se complementaba con cuatro cirios que flanqueaban el ataúd en memoria de los cuatro puntos de la cruz de Cristo.¹⁰

El entierro

El sínodo de Ferrara señalaba que el entierro debía efectuarse 24 horas después del deceso. Previo al entierro las normas eclesiásticas estipulaban la celebración de una misa de cuerpo presente, ceremonia que las elites acostumbraban ofrecer en la misma catedral o en los principales templos de las diferentes ciudades del reino.

Un solemne y bien jerarquizado cortejo —en el que intervenían ambos poderes representados por el Cabildo, las órdenes religiosas y otros funcionarios públicos más, así como por las cofradías y otras agrupaciones piadosas— trasladaba el cadáver del lugar del duelo al templo donde se celebrarían los responsos y en múltiples ocasiones también la sepultura. Todos marchaban silenciosamente por las calles al son lúgubre y patético de tambores y música tocada a sordina.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 15 y 205.

A lo largo del trayecto los dolientes hacían cinco paradas en cinco capillas-posas colocadas de trecho en trecho, tanto para el descanso de los portadores del féretro, como para simbolizar las cinco llagas del cuerpo de Cristo con las que el Señor redimiera los pecados cometidos por los hombres a través de los cinco sentidos.¹¹

Hacia las últimas décadas del siglo XVII en aras del cristianismo del barroco, el cortejo se revistió de un sentido simbólico mediante el cual se relacionaban las virtudes del difunto con aquellas cualidades que caracterizaban a cada uno de los integrantes del cortejo. De esta forma, los hermanos de san Hipólito y san Juan representaban la hospitalidad; los miembros de la Compañía de Jesús, la ciencia; los carmelitas descalzos, la soledad, la abstinencia y la austeridad; la orden de san Agustín, la congruencia y el entendimiento; los frailes menores la humildad; los dominicos, la lengua del Cuerpo Místico de la Iglesia; el Tribunal Mayor de Cuentas, la fidelidad; la Real Audiencia, encabezada por el virrey, la sabiduría, la erudición y la justicia.¹²

En la iglesia, cuerpo y cortejo eran recibidos por el diácono y subdiácono portando cirios. De acuerdo con la doctrina, estos personajes representaban el Antiguo Testamento o Ley de Moisés y el Nuevo Testamento o Ley de la Gracia. En medio de ellos se colocaba el sacerdote llevando una cruz como símbolo de la bandera bajo la cual había militado el difunto. Al llegar al templo

y durante la ceremonia de cuerpo presente, el féretro se rodeaba de recipientes conteniendo incienso para simbolizar que las oraciones ofrecidas por el descanso del alma se elevarían al cielo a semejanza del humo, símbolo, a su vez, de la oración. El féretro se rociaba con abundante agua bendita en señal de que así como cayeron los muros de Jericó, gracias a la ceremonia de cuerpo presente caerían los muros del purgatorio para que el alma pudiera entrar directamente a la gloria.¹³

En el interior del templo los miembros del cortejo ocupaban un lugar determinado, mismo que les había sido designado previa invitación enviada por el Cabildo para presenciar la ceremonia. Una vez concluidos los responsos, el cortejo transitaba nuevamente por las calles de la ciudad para trasladar el cadáver de la Iglesia al lugar del entierro, mismo que en múltiples ocasiones se realizaba en el atrio o en el interior de templos, conventos y hospitales donde se habían celebrado los sufragios. A pesar de su alto costo, dichos sitios eran los lugares de entierro preferidos de las elites, puesto que, de acuerdo con la doctrina, representaban una prenda segura de salvación por localizarse cerca de Dios, de la virgen y de los santos, amén de participar de los beneficios de las misas que se celebraban día tras día y que simbolizan, hasta la fecha, el sacrificio del Redentor.¹⁴

El entierro se daba por concluido cuando un orador, con voz potente y bien timbrada, daba lectura a la Oración fúnebre, pieza literaria heredada de griegos y romanos, en la que se alternaban el verso y la prosa para destacar, una vez más, las virtudes del difunto y de esta forma moralizar a los fieles, al tiempo de consolar a los dolientes.

¹³ Martín Carrillo, *op. cit.*, p. 205.

¹⁴ *Idem.*

¹¹ Juan Becerra y Moreno, *Relación del funeral, entierro y exequias del ilustrísimo señor don Manuel Rubio y Salinas, arzobispo que fue de esta santa iglesia catedral metropolitana de México*, México, Imprenta del Real y más antiguo Colegio de San Ildefonso, 1766, p. 33.

¹² *Ibidem*, p. 15. Véase también Anónimo, *Funeral lamento, clamor doloroso y sentimiento triste a la piadosa memoria del ilustrísimo y reverendísimo señor doctor Alonso de Cuevas y Dávalos, obispo de Oaxaca y arzobispo de México en las sepulcrales pompas de su muerte*, México, Impreso por la viuda de Bernardo Calderón, 1666, p. 84.

Las exequias

La exequia era la ceremonia que ponía punto final al rito denominado sepultura eclesiástica. Esas ceremonias posteriores al entierro consistían en misas, responsos y sufragios, así como novenarios y cabos de año o misas de aniversario. En tales celebraciones el cuerpo del difunto se suplía por un fastuoso monumento denominado indistintamente catafalco, pira, túmulo funerario o máquina de la muerte, que la Iglesia de la Contrarreforma adoptó de la cultura griega y cuya construcción se encargaba a los artistas más renombrados de la época.

El monumento, casi siempre de forma piramidal, representaba la inmortalidad y la eternidad, mientras que su decoración, a base de estatuas, emblemas y poemas o motes, exaltaban nuevamente las virtudes del difunto, fueran éstas falsas o verdaderas, no sólo con el objetivo de moralizar a los vivos, sino también para rendir un homenaje póstumo a la memoria del difunto.

La máquina de la muerte se colocaba en el crucero del interior del templo y debajo de la cúpula, puesto que el crucero se consideraba como la representación misma del cuerpo de Cristo, redentor de los pecados del mundo, en tanto que la cúpula simbolizaba la inmortalidad, cuando su forma era circular, o la resurrección, cuando era octogonal.¹⁵

El simbolismo de tal ubicación se complementaba con el túmulo que, por su carácter efímero, recordaba con insistencia a los asistentes la finitud de la vida y la necesidad que tenían de imitar las virtudes del difunto para alcanzar la inmortalidad, salvando el alma después de la muerte.

En la cúspide del túmulo emergía triunfante un esqueleto, figura inspirada en la Europa medieval de los años de la peste y que representaba el primer Novísimo, es decir, la muerte manipulando un reloj, tema que se explica por el sentido que el tiempo tenía para el hombre del barroco.¹⁶

Cuantiosas ceras encendidas que iluminaban profusamente el monumento, venían a complementar el sentido simbólico de la máquina de la muerte. A través de las velas los dolientes manifestaban, en nombre del difunto, su fe en Jesucristo reconociéndolo como la luz verdadera, su esperanza en la salvación por los méritos de la Redención, al tiempo que representaban la finitud de la vida misma.¹⁷

De esta manera fue como se aliaron las elites urbanas a la Iglesia católica para difundir y justificar la utilidad de su doctrina en una época en que la vida cotidiana giraba en torno a la Iglesia, a la religión y a la muerte.



¹⁵ Juan Anaya Duarte, *El templo en la teología y en la arquitectura*, México, Universidad Iberoamericana (Fe-Cultura, 6), 1996 pp. 125-132.

¹⁶ Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, 3a. ed., México, FCE (Obras y estudios literarios), 1990 p. 220.

¹⁷ Miguel Venegas, *Manual de párrocos para administrar los sacramentos...*, Puebla, Imprenta del Colegio de San Ignacio de Puebla, 1766, p. 314.